

herencia

Andrés Fernández

BARRIO MÉXICO ART-DECO

(UN BARRIO JOSEFINO DE 1930 A 1950)



306.05

R454r

Revista Herencia. — Año 1, N° 1 (1988).—
(San José, C. R.): Programa de Rescate y Revitaliza-
ción del Patrimonio Cultural, 1988-v.
Semestral.

1. Costa Rica - Civilización - Publicaciones periódicas.
2. Folclore - Costa Rica - Publicaciones periódicas.

ISSN 1659-0066

CCC/BUCR



Revista Herencia Vol. 19 N° 2, 2006



**UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
VICERRECTORÍA DE ACCIÓN SOCIAL
Extensión Cultural**

Programa de rescate y revitalización del patrimonio cultural

Directora Honorífica

Dra. María Pérez Yglesias

Consejo Editorial

Docentes de la Universidad de Costa Rica

Dr. Mauricio Frajman

Lic. Gastón Gafza

Dra. Nora Garita

Licda. Zamira Barquero

M.Sc. Carmen Murillo

M.Sc. Guillermo Barzuna

Directora - Editora

M.Sc. Isabel Avendaño

Directora Sección Extensión Cultural

Licda. Rocío Fernández

Levantado de texto y diagramación

Luis Alfaro

Corrección de estilo y pruebas

Licda. Rocío Monge

Venta y suscripción
en Costa Rica ₡1000,00

Las solicitudes deben hacerse a: Vicerrectoría de Acción Social

Universidad de Costa Rica 2050

San Pedro de Montes de Oca, San José, Costa Rica

Correo electrónico: ec@cariari.acrac.cr <http://www.vas.acrac.cr/ec/revistas/herencia/index.html>

Las opiniones expresadas en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores
y no reflejan necesariamente la posición de la Revista.

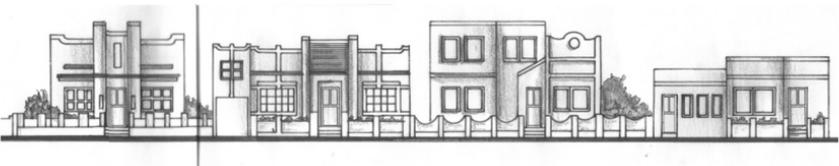
Portada:

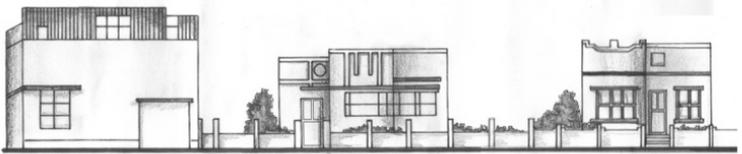
*A doña Ligia Jiménez de Brenes,
con respeto, admiración y afecto.*

ANDRÉS FERNÁNDEZ

BARRIO MÉXICO ART-DECO

(UN BARRIO JOSEFINO DE 1930 A 1950)

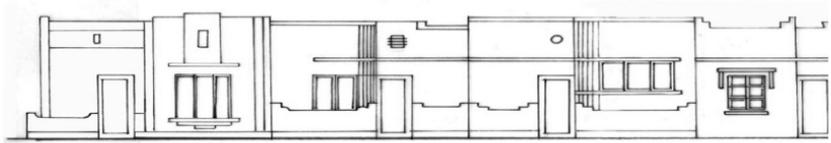




PRIMERA PARTE
SAN JOSÉ Y SUS BARRIOS

“El barrio es una unidad sociológica relativa, subordinada, que no define la realidad social, pero que es necesaria. Sin barrios, igual que sin calles, puede haber aglomeración, tejido urbano, megalópolis. Pero no hay ciudad”.

Henri Lefevre
Barrio y vida de barrio



INTRODUCCIÓN

Acentuado por la crisis de los años ochenta del siglo pasado, el deterioro de la ciudad de San José ha sido un largo proceso producido por el crecimiento urbano sin la debida planificación, por el incremento del transporte público y privado, y por la escasa o nula inversión en infraestructura pública necesaria por parte del Gobierno central, aparte de su falta en la aplicación del principio de autoridad.

Todo ello ha redundado en un incremento desmedido de la contaminación atmosférica, sónica y visual de su casco urbano central, además de la contaminación de la cuenca Virilla-Tárcoles y la puesta en riesgo de importantes mantos acuíferos del Valle Central, (varios autores, 1999). Sin embargo, tan importante como el impacto de ese deterioro de la ciudad capital y su área metropolitana sobre el medio ambiente natural, es el que ha ejercido sobre el medio ambiente construido o patrimonial histórico-arquitectónico y, desde luego, también en el socio-cultural, esto es, sobre sus gentes, sobre

quienes solían ser sus habitantes y sobre los sitios donde habitaban.

En efecto, producto del proceso descrito, desde hace al menos cuatro décadas, el decrecimiento de la población josefina en el casco central -constituido por los cuatro distritos históricos: Carmen, Hospital, Catedral y Merced- y en sus barrios periféricos inmediatos, ha sido dramático; acarreado de paso un lamentable desdibujarse de la rica memoria colectiva capitalina enraizada en su paisaje urbano y edilicio, y de los lazos comunales que caracterizaron antaño la democrática vivencia barrial de su trama, y hasta de una cierta idiosincrasia que algunos se atreven incluso a llamar la “josefinidad”.

No obstante, enfrentada la ciudad a un proceso de regeneración urbana que lidera desde hace tres lustros la Municipalidad de San José, se han realizado ya importantes esfuerzos en ese sentido por parte de la comuna, mientras se pretende avanzar ahora en una política de repoblamiento del centro y de sus barrios, precisamente. Y es ahí, como dinámica histórica, donde se inserta el presente ensayo con ansia de contribución, porque toda ciudad es un sistema espacial formado por varias partes interdependientes en su función, y cuyas relaciones solo son explicables en la totalidad que es la estructura urbana y en su mirada retrospectiva en la temporalidad. Pues un barrio es una parte apenas,

un fragmento, un pedazo de ciudad pero con sus características propias; es un sector que, más allá de



su mera espacialidad, también es momento, tiempo íntimamente vinculado a la evolución histórica urbana y a su naturaleza artificial, como que construida física y vivencialmente día a día por los seres humanos.

EL BARRIO Y SU ESTUDIO

Aquí, entonces, hablaremos de barrio para nombrar, en particular, a la comunidad que forman los habitantes de una cierta parte de la ciudad; parte dotada de una fisonomía propia y de rasgos distintivos que le brindan su unidad e individualidad en el conjunto ciudadano, caracterizado por cierto paisaje urbano, cierto contexto social y, por lo general, de una función específica. En ocasiones, se denomina también como barrio a una división administrativa de la ciudad pero, en realidad, el barrio suele ser independiente de cualquier límite burocrático usual, y su alcance tiene más de arraigo emocional en sus habitantes que son, en última instancia, quienes definen su territorialidad.

Ciudad de barrios también, nuestra capital no es una excepción a las generalidades anteriormente enunciadas. Por eso, si de pensar la ciudad que queremos

mañana se trata, hemos de pensarla también en función de sus barrios de hoy, no solo como las sobrevivencias de antaño que son, sino como partes vivas e integrales de su existencia histórica que deben volver a ser, partes con las que estamos comprometidos muchos, y estoy seguro de que muchos más lo estarán si, los que amamos la ciudad al investigarla, sacamos a relucir algunas de las características que particularizan a esos fragmentos urbanos, acercándonos a ellos



de distintos modos -que de muchos es susceptible de hacerse- pero con el único fin de ayudarnos a estar más cerca de una realidad que, por cercana, se nos ha ido volviendo extraña, lejana, por el proceso de deterioro urbano descrito pero, también, por simple descuido ciudadano.

El modo que aquí ensayaremos para nuestro acercamiento a un barrio josefino específico, es el de la exploración del patrimonio histórico construido, que responde a un lenguaje arquitectónico particular y que, en este caso, es del llamado *art-decó*, y lo haremos en un sector de la ciudad particular también, que es el de su Barrio México. Y lo haremos hurgando en su historia de barrio y en la memoria de quienes fueron o son sus vecinos cotidianos, pero siempre en función de una estética que para ellos es significativa porque les es o les fue cercana en su vida de josefinos.

¿QUÉ ES EL ART-DECÓ?

El *art-decó* fue una expresión plástica de origen europeo aparecida alrededor de 1914, pero que en la *Exposición Internacional de Artes Decorativas* de 1925, en París, tuvo su consagración y que con

el tiempo –allá por los años sesenta del siglo pasado- derivaría de ahí su nombre. El término, por eso, es operativo y se usa en la historiografía del arte, la arquitectura y el diseño moderno, para denominar y describir, de una manera simplificada, las variadas y muy sutiles tendencias desarrolladas en las artes plásticas y aplicadas en el experimental período de entreguerras (1920-1940).

Producto de la revolución en el diseño arquitectónico e industrial, diverso y juguetón, el *art-decó* surgió con los nuevos sistemas de comunicación masiva (diarios, revistas, radio y cine), y aseguró su rápida difusión desde Europa y los Estados Unidos a través de las ferias y exposiciones internacionales, y de los medios de transporte global (como automóviles, transatlánticos, dirigibles y aviones), que muchas veces dejaban ver sus rasgos y sus ritmos como de música de *jazz*. Siempre dentro de estrictos y modulados patrones geométricos de dos o tres dimensiones, sus obras se proyectaron siempre como muy modernas y dinámicas, tendiendo al diseño abstracto, puro y limpio de las líneas rectas, del fino semicírculo o el acentuado zig-zag, y al uso del color por el color mismo, aunque con predominio del “beis”; y así, con luces de neón o sin ellas, el *decó* llevó al rayo y al agua, al sol y a las estrellas, a sus estelares fachadas de cartón piedra, (Sebreli, 2000:329-337).

Porque fue, sobre todo, su capacidad escenográfica la que captó la atención e iluminó la imaginación de miles de diseñadores alrededor del mundo, que se dieron a reproducir arquitectónicamente sus patrones y su gusto en volúmenes y líneas, rejas y portones, puertas y muretes, paños y cornisas de todos los tamaños y dimensiones, para ir poblando barrios enteros en las ciudades más distantes y distintas, así como en sus eclécticos interiores.

Por eso, el *art-decó* dejó huella en los más distintos objetos, desde los producidos por artesanos hasta los industrializados, de modo que todas las artes tuvieron, en ese lenguaje plástico, una inspiración fluida y versátil, camaleónica y entrañable para expresar, con detalle una época de cambios sin precedentes en los usos y las costumbres cotidianos de la gente, sobre todo la de las clases medias urbanas del mundo entero. Y Costa Rica, y en especial su ciudad capital, tan occidental en su economía, su cultura y su apariencia como había sido desde el siglo XIX, no pudo ni quiso quedar al margen de eso en el XX, sobre todo en los años treinta, década *decó* por excelencia... y aunque provinciano y austero, limitado en su escala y en su esquema, el nuestro, aún así, es bastante y soy del juicio de que vale la pena conocerlo, (Fernández, 2003:87-91).



EL ARTE-DECÓ EN SAN JOSÉ

Como en otras capitales hispanoamericanas de la época, al final de los años veinte apareció el *art-decò* en San José, entonces una pequeña y progresista ciudad en expansión y modernización, gracias al repunte económico del período previo a la gran crisis mundial que, en 1929, estalló en Nueva York, y aquí empezó a afectar ya en el año treinta. El asunto, que halló a don Cleto González medio desprevenido (1928-1932), no lo hizo del todo con don Ricardo Jiménez (1932-1936), (Rodríguez, 1982:157-161), quien impulsó desde el Estado una serie de medidas para atenuar los efectos de aquella tragedia financiera y social, privilegiando sobre todo la construcción de notable y numerosa obra pública que, además de brindar mano de obra urbana, impulsaba su ideal civilizatorio y el de la generación liberal a la que ambos pertenecían.

Y mientras nuevas ideas estéticas y políticas se manifestaban poco a poco en la plástica y la literatura nacionales, paralelamente un auge constructivo privado, residencial y comercial a la vez, era impulsado por empresas constructoras nacionales y extranjeras y potenciado al máximo por la introducción de nuevos

materiales y accesorios importados, (Fernández, 2003:91-92), más la extensión del concreto armado como novedosa técnica constructiva, práctica y “contra terremotos” como se promocionaba entonces.

Con el mobiliario, la decoración y el diseño interior importado o de factura nacional, sucedía otro tanto, (Fernández, 2003:136; Moas, 1986:120-122), y aquí como en otras ciudades de América, hacia “*fines de los años treinta no faltaba en las casas pequeño burguesas algún objeto de adorno art decó, y a veces hasta un juego de muebles*”, (Sebreli, 2000:331).

Aquí, arquitectos y constructores europeos como **Fernando Gabriele** y el escultor y orfebre francés **Louis Ferón** y otros inmigrantes estudiados, quienes habían hecho escuela internacionalmente y conocían bien el manejo de las artesanías y del racionalismo constructivo, aportaron su experiencia al cultivo de la nueva corriente; mientras la práctica profesional de arquitectos costarricenses de formación estadounidense, que ejercían igual en Costa Rica que en Centroamérica, como **Daniel Domínguez Párrrraga** y **José Francisco Salazar**, entre otros más, era la de sólidos profesionales que, sobre todo desde el ámbito estatal, cultivaron las estilizadas líneas del diseño *art-decò* con libertad y soltura, a la modesta escala y capacidad de las necesidades inmediatas del país, en su aquí y su ahora, pero mirando siempre

hacia el mañana. Y la verdad es que mucho de ello sobrevive, aunque corre peligro de extinguirse como el ayer construido que es, por la ignorancia de su valor y el consecuente descuido ciudadano, devenido de aquello a su vez.

Pero si existe un rincón josefino que conserva la mayor cantidad de manifestaciones *art-decó* tanto domésticas y comerciales, como civiles e industriales, y de estudiados arquitectos tanto como de empíricos maestros de obras, es su sector noroeste, concretamente el de su tradicional **Barrio México**, (Fernández, 2003:100-103), un típico barrio de nuestro siglo XX. Pues, en efecto, si se analiza el desarrollo urbano local, al

“hacer una comparación entre el mapa de 1905 y el de 1924, se observa que el cuadrante de la ciudad ha crecido en todas direcciones. Al norte, el sector del Barrio Aranjuez tiene ya su cuadrante consolidado. Se ha inaugurado el Parque Bolívar y un nuevo barrio aparece en el sector noroeste: Barrio México”, (Altezar, 1986:24).

El lugar se había empezado a formar después del año diez del siglo pasado, en lo que eran, por supuesto, potreros y cafetales propiedad de varias personas quienes decidieron juntarlos para formar un cuadrante, que se fue loteando tras el terremoto de Cartago que hizo huir a tantas personas del Valle del Guarco y aun del centro capitalino, más denso y poblado; y tras la afluencia de

los primeros y humildes pobladores, ya para 1923 estaba consolidado el asentamiento, por lo que se le nombró *México* en honor de aquel país hermano y por municipal decreto, más la complacencia vecinal, desde luego, que propuso el nombre al Cabildo por medio de su Junta Patriótica Progresista, (Rojas, 1993:19,21).

De límites variables entre el saber y el sentir de sus vecinos, y la definición territorial que de él da el Municipio¹, urbanísticamente aquel era un ensanche más del viejo casco urbano colonial, no del todo controlado en su trazo porque privado, pero un ensanche de barrio como decíamos y no de anónimo suburbio, uno que con el tiempo desarrollaría eso que de manera no muy precisa, llaman hoy una “identidad”.

Fenómeno urbano este en cualquier caso, lo cierto es que el rastreo de aquella corriente plástica en su físico perfil, puede ayudar a adentrarnos en ella, sociológicamente hablando, a conocerla más y mejor, sea lo que ella sea... y que la arquitectura pues, que es espacio tridimensional, nos guíe lineal por el tiempo, por el ayer de las gentes del Barrio México, por su vecinal estética urbana y su vívida historia local. 

SEGUNDA PARTE
EL BARRIO MÉXICO

*“¡Al Barrio México!
A buscar mejor vida,
a respirar otro aire”.*

Luisa González
A ras de suelo

UN RINCÓN DE CLASE MEDIA

En su *Historia de Barrio México*, dice don **Fernando Rojas** que la solicitud vecinal acerca del nombre barrial “fue acogida con beneplácito por los señores regidores y (por) el señor Gobernador (de San José) don José Luján Mata “de ascendencia mexicana”. No obstante, el caserío en “esa época era un rinconcito al noroeste de la ciudad: las avenidas hacia el oeste se topaban con cafetales, las calles dieciocho y veintidós estaban bloqueadas por propiedades, y la calle veinte era intransitable para vehículos (...)”, algo que no sucedía con las bestias, pues en la vecindad se asentaba también una Plaza de Ganado, “exactamente entre avenidas quince y diecisiete y la calle veintidós (...)”, (Rojas, 1993:21-23).

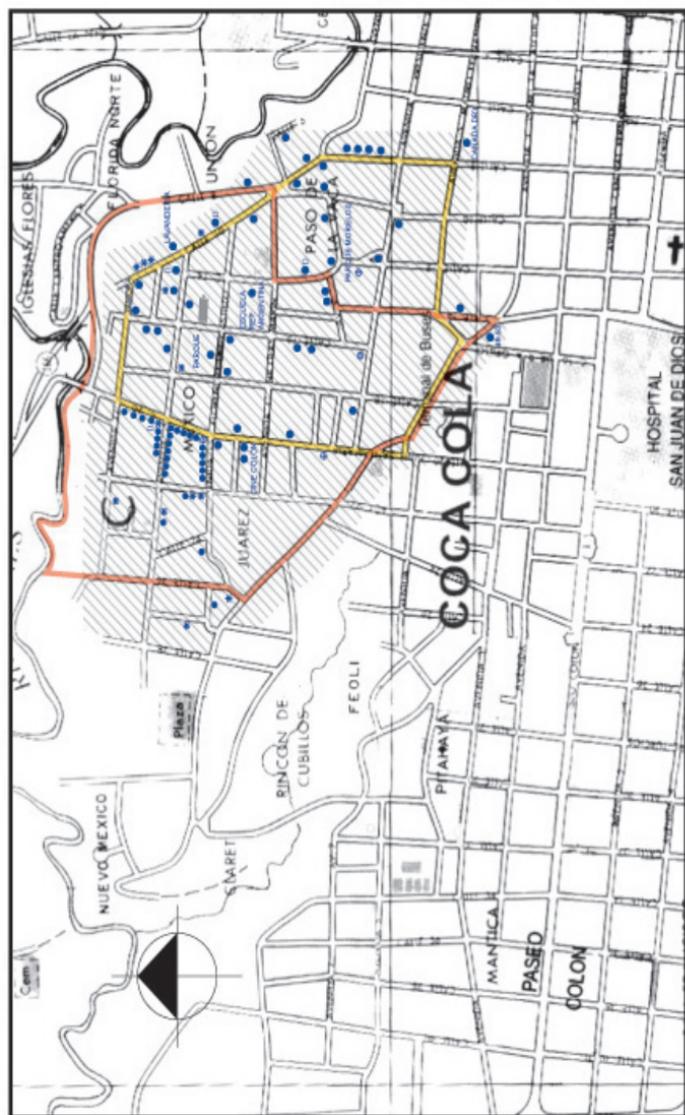
Sin embargo, con el avance de los años veinte el problema de la vivienda adquirió una gran importancia, cuando el proceso de urbanización de la ciudad maduraba y se apreciaban mejor por eso las condiciones de vida en el mundo urbano, entre ellos el hacinamiento y otros propios de las ciudades en crecimiento; tanto que Barrio México fue uno de los rincones elegidos por el Estado para desarrollar uno de los primeros proyectos de las denominadas “casas baratas”, con miras a aliviar la escasez y la presión social, en 1926, (Elizondo, 1998:64.65). Y lo mismo hacían

BARRIO • MÉXICO

SAN • JOSÉ



- LÍMITE MUNICIPAL
— LÍMITE VEDIAL
• EDIFICIO ART • DECÓ

BARRIO MÉXICO
ART • DECÓ

los propietarios privados en sus predios, densamente contruidos de pequeñas viviendas en madera.

Pero, a la vez, habían surgido otros elementos en la ciudad, como una nueva, aunque modesta, industria y un activo mundo comercial en el centro capitalino. Y así el barrio de origen humilde y proletario, empezó a transformarse, poco a poco, socialmente, al punto que pronto ya aquel trozo de ciudad fue reputado más bien como “de clase media” en la liberal San José, un lugar para la superación social por parte de los nacientes sectores medios-bajos de la sociedad josefina, aceleradamente en construcción también, (Sanou, 2004:8).

Por ejemplo, cuando en 1924 la entonces recién graduada maestra normal **Luisa González** -posteriormente una de nuestras más importantes escritoras y activista política- con su primer sueldo procuraba sacar a su familia obrera de los barrios del sur capitalino, recuerda: *“Me orienté entonces hacia el Norte de la ciudad, por el Paso de la Vaca hasta llegar al Barrio México, donde encontré por fin, una casita limpia y modesta (...), entre las calles 14-16 y la avenida 11”*, (González, 1975:118). Según bien lo cuenta en su autobiográfica novela *A ras de suelo*:

“Trasladarse de un barrio tan pobre, a un barrio de clase media, significaba un gran acontecimiento, un cambio decisivo que llega a modificar la sicología, la moral, la filosofía de toda una familia. Íbamos a entrar en un nuevo ambiente social: nuevos vecinos, nuevos andares, nuevo vocabulario, nuevos gestos, y nuevas normas de vida, derivadas de la nueva situación, pero siempre dentro del ambiente duro del trabajo artesanal”, (González, 1975:119).

Mas si lo anterior da buena cuenta del aspecto social en el barrio, refiriéndose a su perfil urbano durante esos mismos años veinte, dice don **José Manuel Salazar Navarrete** -letrado “mexicano”- en una de las *Historias de mi barrio*, imprescindible libro josefino:

“La arquitectura (...) era elemental. Las cuadras eran muy parecidas unas a otras. (...). Las casas eran todas de una planta, construidas en fila, y las paredes laterales pegaban con las de los domicilios vecinos, sin espacio alguno entre ellas. En su diseño y disposición de las puertas y ventanas, los frentes de esas modestas edificaciones (de madera) se diferenciaban, aunque poco. Los propietarios las pintaban de diferentes colores. Los techos, de hierro o zinc corrugado, estaban a una misma altura y parecían formar una superficie casi continua”, (Salazar, 1998:25).

Esto es todo un diagnóstico y no solo constructivo, sino, además, de la gente que ahí vivía, así como lo es este otro: “*Es oportuno insistir en la descripción arquitectónica: eran raras las construcciones con amplio campo a los lados y con jardines o corredores en el frente. (...). No existían garajes; no se necesitaban dado que ninguna familia tenía automóvil*”, (Salazar, 1998:26,27). Acierta el autor con ello, porque los autos privados -que ya los había- no empezarán su frecuente circular por el viejo casco urbano sino poco más tarde.

Pero luego, ya pasada una década, hacia a mediados de los años treinta, la cercanía con el centro capitalino, su emplazamiento mirando hacia las montañas de Heredia,

el clima sano y las buenas gentes que ahí vivían, hacían al barrio apetecible también para otros sectores sociales, otros más pudientes económicamente; además de que empezaban a llegar numerosos y esforzados inmigrantes europeos, (Salazar, 1998:35), tan de diversos origen étnico, quienes variarían aún más el perfil social del área, cuya arquitectura estaba también por cambiar... al menos en parte, pero de un modo trascendental.

Es así como el mapa de:

“1937 nos da una idea de cómo era esa ciudad extendida en la cual se ha convertido San José. Ciudad capital, es el marco propicio para el surgimiento de una arquitectura distinta, moderna, a la usanza norteamericana o europea, que se distingue y se reconoce rápidamente como apta para los nuevos programas arquitectónicos oficiales y privados. Bancos, almacenes, edificios administrativos y de servicio, así como cines y viviendas, comienzan a ser construidos con un lenguaje contemporáneo en lo formal y en lo técnico. El nuevo modo de entender y ver la arquitectura desplaza poco a poco al pasado, pero debe coexistir en pie de igualdad con los estilos neocoloniales o hispanoamericanos (...)”, (Altezar, 1986:30).

UNA NUEVA ARQUITECTURA EN EL BARRIO

Territorialmente hablando, por ejemplo, puede decirse que el barrio empieza a delinearse ya en una esquina aguda y única en San José, que forma la intersección de las calles 8 y 10 en el Paso de la Vaca, antes de enrumbarse al norte hacia Heredia por La Uruca y pasando el río Torres, con un edificio comercial de dos plantas, de influencia *art-decó* y ritmo neoclásico en sus escasas molduras y pilastras: el de la Botica Solera, punto de referencia en esa puerta de la ciudad, y construido por la empresa de don **Antonio Doninelli** hacia el final de los años treinta.

El eje y centro irradiador barrial, sin embargo, está al costado sur de la antigua plaza local -hoy convertida en parque- en un masónico y enano obelisco, que ostenta una placa *art-decó* que solo dice contundente: Barrio México. Y pedestales u obeliscos *neo-egipcios* y placas de ese tipo, hay varias para quien quiera verlas, amojnándolo puntualmente, delimitándolo en la ciudad. Dentro de ese perímetro de barriada fueron *art-decó* de hecho, edificios comerciales tan importantes como el Bar México,

más que intervenido, travesado sin criterio alguno y, por supuesto, los viejos cines, tan abandonados ya como el amplio y elegante Gran Líbano (1938) de detalles alusivos a la patria de su dueño, o aún peor el muy modesto Colón, convertido en un taller.

Testimonio de la difusión del cine como espectáculo de masas en San José como en el mundo, de esas salas de ensueño en pleno Barrio México, la primera fue y sigue siendo de lo más vistoso en el *art-decó* local, lenguaje estético idóneo para aquel nuevo programa arquitectónico, literalmente “de película”. No en balde fue el cine la actividad privada que más contribuyó a fijar la imagen *decó* entre la gente, sobre todo en aquella que sin ser muy pudiente, tampoco era pobre del todo: la susodicha clase media, josefina en este caso y tan nacional como extranjera, como vamos viendo.

Decó propiamente o con su influencia, hay pequeñas instalaciones semi-industriales como la antigua Canada Dry Cleaning o el Taller Nieto y Compañía, por ejemplo, de los cuales queda el cascarón y algún rastro apenas, o el actual edificio de los Laboratorios Ancla, que tapiado del todo asoma aún su decorativa ansia; mientras en las afueras del barrio, o más bien en sus límites ya, las entonces modernas embotelladoras transnacionales, como la Coca-Cola y la Canada Dry, construyeron también edificios cercanos al *art-decó*. Mas en el centro del vecindario, hay un notable ejemplo estilístico en la esquinera edi-

ficación de la antigua pulpería “La Aurora” (esquina suroeste de avenida 13 y calle 20), con sus obvios motivos náuticos de escotillas y barandas trasatlánticas, que lo identifican con el llamado *streamline modern* o *estilo paquebote*, corriente más bien norteamericana de la europea tendencia de la que hablamos aquí.

Sin embargo, todo ese desarrollo infraestructural del barrio, pese a su hermosa apariencia, evidenciaba también un fuerte crecimiento demográfico que, a la larga, redundó en un déficit de locales escolares para una población infantil que iba en aumento aceleradamente, como en todo San José, pues el censo escolar de 1928 acusaba un total de 10.050 niños, en tanto las escuelas existentes podían absorber solamente 6.096, (Altezar, 1986:160). La de Barrio México, por ejemplo, estaba en tan mal estado que el Presidente “Ricardo Jiménez O., su ministro de Fomento, y el ingeniero y arquitecto don José María Barrantes, convinieron en no restaurar la escuela, sino en demolerla y levantar una nueva”, (Rojas, 1993:26).

Por lo anterior Barrio México, como que extensión de la ciudad y junto a los barrios Luján y Pitahaya, fue uno de los tres sitios que se vio favorecido con la construcción de una gran escuela urbana: la República de Argentina, verdadero palacio *art-decó* para la educación de la barriada y su inmediata vecindad. Sobre ella anota nuevamente don José Manuel Salazar Navarrete, que es un “*magnífico edificio (...) construido en 1933, conforme al proyecto trazado por el notable arquitecto don José María Barrantes*” (...), a la vez que

agrega certero que “Escuelas públicas como esa han sido la cuna y gran crisol de la democracia de nuestro país (...)”, (Salazar, 1998:28).

Otro autor, por su parte, comenta sobre la edificación:

“Contando con un área generosa, con amplio campo de juego, se construye en dos secciones, una para varones y otra para niñas que se desarrollan simétricamente a partir del cuerpo central, el que, además de acceso, se constituye como sala de actos. Posee un segundo nivel de notable ejecución: balcón de planta circular” (...) y los “pabellones laterales lucen un porche corrido (...), en solución no muy habitual en Barrantes”, (Altezar, 1986:161).

Aunque claro, en la paradójica Costa Rica de entonces, ya solo tardíamente liberal, fue posible que el entonces Secretario de Fomento o ministro de obras públicas, y luego también Presidente de la República (1936-1940), don León Cortés, (Rodríguez, 1982:162,165), mandase al arquitecto a colocar altorrelieves de los leones “de Castilla”² que él pretendía su heráldica, entre la decoración *art-decó* del nuevo plantel, “quizá el mejor del país” -según reseñó el periódico “La Prensa Libre”- y que el dinámico funcionario aquel estaba por inaugurar junto al Presidente Jiménez de modo solemne, (Prensa Libre, 1935: Diario de Costa Rica, 1935)... y muy mercedo por cierto.

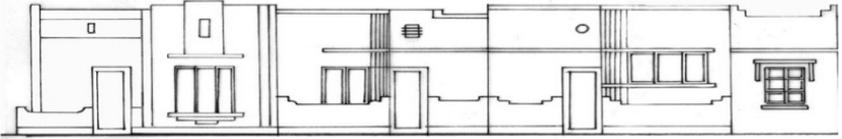
Mas la impronta *decó* no se quedó tan solo en los edificios públicos o privados del barrio, pues también entre sus vecinos de siempre hubo uno que fue un respetado artista costarricense: **Juan Manuel Sánchez**, (Salazar, 1998:39),

cuya obra plástica revela, por cierto, también formas de dibujo, modelado y composición *art-decó*, sobre todo en la gráfica de muchas de sus inolvidables ilustraciones para libros clásicos costarricenses, como *Los cuentos de mi tía Panchita*, de Carmen Lyra o *Mulita Mayor*, de Carlos Luis Sáenz, entre muchos otros; además de algunas obras plásticas de carácter público y de reciente ubicación, que no dejan duda alguna al respecto³.

Por lo que parece, pues, corresponderle al *art-decó* como estética, un papel determinante en la conformación *cultural* y no solo arquitectónica del barrio dicho durante los años treinta y cuarenta, toda vez que contribuyó a acercar y a asentar sus predios a esa clase media-media josefina que surgía y quería también ser urbana a su modo. Se nota sobre todo en las muchas casas *decó* que sobreviven hoy en la barriada, aunque son extraños los casos en que no han sido deformadas, por intervenciones constructivas realizadas sin criterio estético alguno, despojadas, a veces, de su decoración de modo impune o destruidas simplemente.

A pesar de eso, la cantidad de variantes de la tendencia que muestran todas ellas, es suficientemente elocuente en términos plásticos: las hay “*neo-griegas*”, “*neo-mayas*” y “*neo-aztecas*”, del “*estilo paquebote*” que decíamos, “*decoloniales*” de quebradas líneas, arcos y tejas, y también de otras apariencias decorativas más convencionales, así como algunas cercanas ya a la austeridad

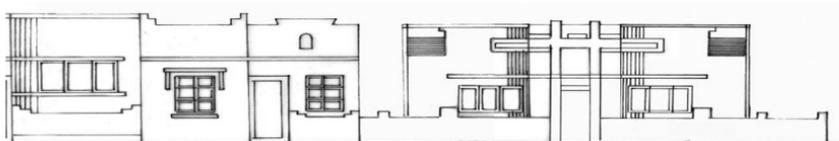
formal que vendría luego, con la arquitectura “moderna” después de los años cincuenta. Pero las hay, además, de todas dimensiones, desde las de modestos frentes de solo unos metros, a aquellas en dúplex o gemeleadas, como aquí se les llamaba, y también singulares, exentas o agrupadas para alquiler o venta, a esas mismas clases medias mencionadas. Señal de que San José crecía y se modernizaba a como podía, y en el Barrio México lo manifestaba por medio de su modesto *art-decò*.



UN PEQUEÑO CONJUNTO ART-DECÓ

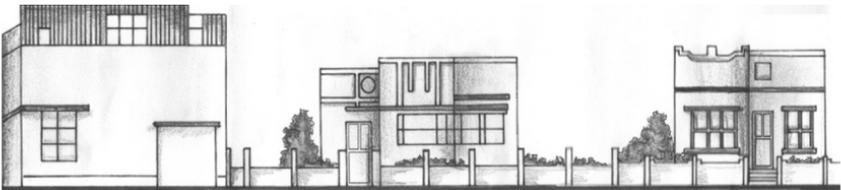
Es el caso del que, sin duda, es el más importante conjunto doméstico *art-decó* en San José: el de la notable cuadra ubicada entre avenidas 13 y 15 y calles 20 y 22, emplazamiento ineludible en Barrio México, que ahí continúa hacia el río Torres y su famosa cuesta, donde se plantó airoso también este lenguaje. Hoy se conserva en gran parte y regular estado, pero, aun así, mutilado y lleno de rejas, mal pintado y con rótulos que ensucian su nítido y preciso diseño arquitectónico, puede apreciarse la armonía de los perfiles que ocasiona desde todos los ángulos o perspectivas en el barrio.

Para comprenderlo mejor, hay que recordar que es un caso de división del terreno según la versión típicamente liberal: de acuerdo a la ley de la oferta y la demanda, donde la especulación aplicada a la manzana da un loteamiento primario y elemental, que se resuelve en una



ventas de solares basada en cuotas de monto accesible a la clase media; algo que tomó un auge inusitado en estos decenios, conformando el panorama con el que se produjo el fenómeno urbanístico que hasta hoy caracteriza a nuestra ciudad, y que podría denominarse proceso de creación de una ciudad extendida, de baja densidad habitacional, (Altezar, 1986:26).

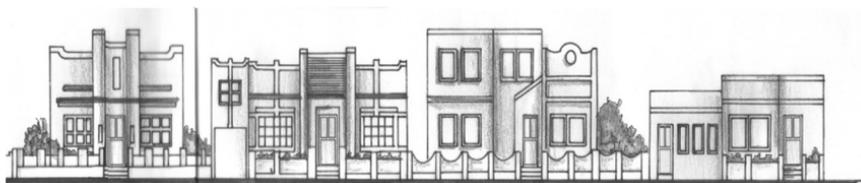
La iniciativa del desarrollo habitacional fue del promotor alemán **Agathon Lutz**, activo empresario quien encargó su construcción a la empresa de **Doña Adela viuda de Jiménez**⁴, por lo que el diseño correspondió al ingeniero-arquitecto catalán **Luis Llach Llagostera**, profesional de planta de aquella compañía. Las casas estuvieron listas alrededor de 1938, (Altezar, 1986:136,142), y si entonces no causó novedad alguna su técnica constructiva, en el acostumbrado ladrillo mixto con detalles en concreto armado, en cambio su apariencia tan moderna y escenográfica las hizo notar de inmediato en el barrio y en la ciudad⁵; además el *art-decò* le brindaba apariencia diferente a cada una, para distinguir así a los pequeño-burgueses propietarios o arrendatarios de tales residencias.

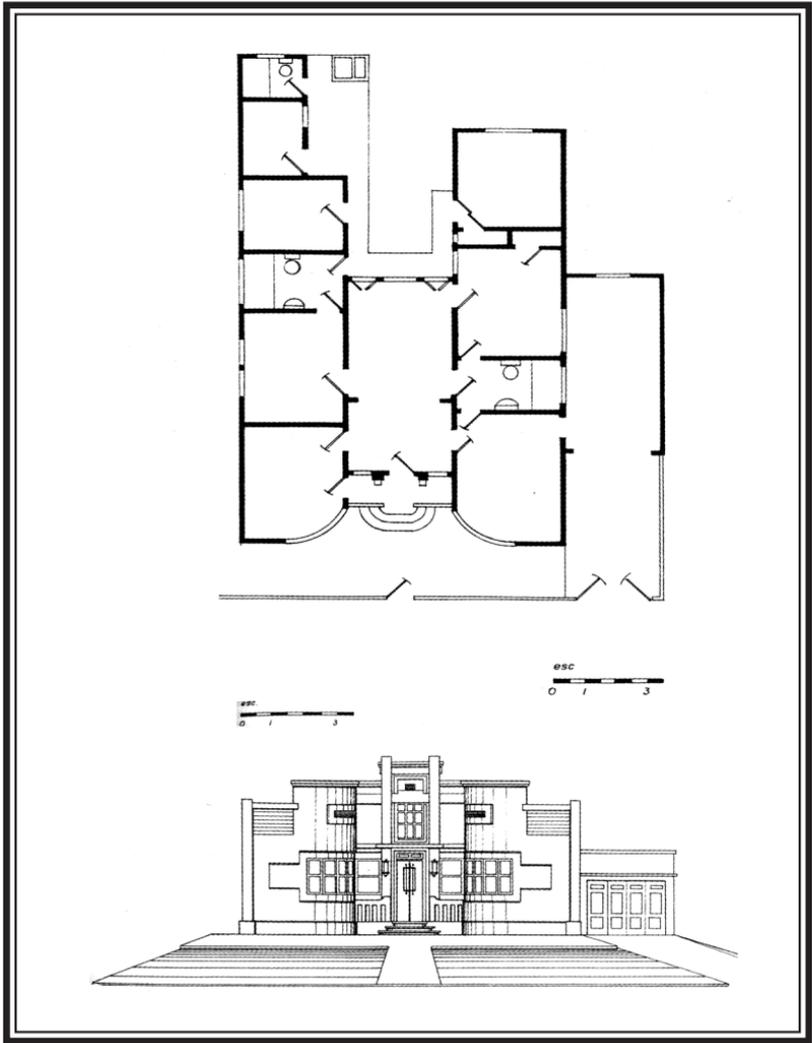


Sobre ese conjunto dice el arquitecto e investigador colombiano Luis Fernando González, en su obra *Luis Llach. En busca de las ciudades y la arquitectura en América*, que dentro de la nueva óptica de las urbanizaciones:

“El proyecto en sí es muy significativo puesto que comprendía una manzana completa, (...) a pesar del diseño individualizado pues no hay una igual a la otra, (y) plantea unas ideas constantes que mantienen (...) una manera especial de la unidad en la diferencia. (...) Con una reducción al máximo de la decoración y de las formas clásicas, diseña las viviendas con un lenguaje donde rememora en algunas obras el lenguaje vernacular mexicano, haciendo honor al barrio, pero también a las formas geométricas Decó y a las formas curvas de cierto neoplasticismo. No recurre en ningún momento al patético neocolonial en boga, pero allí en medio de la reducción del lenguaje se van dejando ver sus maneras: óculos, jabajes, antepechos, frontones, vanos verticales, entre otros elementos que dicen de su manera irreductible de ver la arquitectura”, (González, 2004:274).⁶

Contrario a las casas de madera de los años veinte, la mayoría de estas integraba al frente un pequeño antejardín, casi siempre con un pórtico en amable relación con la calle; algunas tenían retiros laterales, y eran, por





eso, más ventiladas e iluminadas, y más sanas, por supuesto, que sus antecesoras inmediatas, lo que reflejaban, de paso, los ideales sanitarios positivistas, propios del liberalismo en vigencia. También hacían un uso más racional de la tecnología constructiva disponible, integrando así la línea recta en su trazo, más vidrio en sus vanos y más geometría en la madera de sus puertas; y la distribución funcional de planta, bien ordenada por ejes y proporciones claras, se resolvía decorativamente en una fachada que parecía dar sentido a todo, completada por diseñados muretes, rejas y portones forjados por artesanos locales, (Fernández, 2003:102).

Pero, aparte de las casas de distintas dimensiones y maneras, la novedad del conjunto incluía locales esquineros diseñados para pulpería uno (al norte) y para botica el otro (al sur), sobre la calle 20; el último de los cuales llegó a ser la Farmacia Calzada, lugar de encuentro, solidaridad y socialización del barrio durante años, con lo que vio cumplido su previsto papel. De hecho, todo ese grupo de edificios de apariencia *art-decó* fue una muy buena propuesta urbana para el San José de entonces, no obstante que compartiera también sus seculares vicios, como el de abandonar el centro de cuadra a la hora del loteo, con lo que desperdiciaba gran parte de esta al no densificar, y que no siempre tuviera en cuenta el arquitecto que en los países tropicales como el nuestro, llueve, lo que hace necesarios los simples, prosaicos e insustituibles aleros de siempre.

Mas aquellos eran aciertos y desaciertos más bien prácticos y propios de una época de experimentación edilicia, que se vivía en la ciudad de Costa Rica como sucedía en todo el mundo occidental, por lo que no podíamos nosotros tampoco estar exentos de ellos.

EL ART-DECÓ QUE QUEDÓ

Hacia 1940 como se ve, y en parte por desarrollos urbanísticos como ese, fue que se convirtió el México en uno de esos democráticos barrios nuestros de antaño, uno en donde vivían un poco de todas las gentes urbanas, de distintos anhelos y estratos sociales: obreros y maestros, comerciantes y profesionales, nacionales y extranjeros, gente que quería y podía surgir civilizadamente a base de esfuerzo, estudio y trabajo.

Por eso, en el espacio y el en mobiliario urbanos también había cambios, como nos cuenta otra vez don Fernando Rojas, cuando dice que 100 varas al sur de la Escuela: *“se extiende una plazoleta en la que luego colocarían un busto (de) José María Morelos, que luchó y murió por la independencia de México(.),”* (Rojas, 1993:38), pues dicho monumento es *art-decó* también, pero de aquel de impronta entre maya y azteca, y sobre-

cargado en el gusto por lo prehispánico que aún sobrevivía en tierras mexicanas⁹. Porque donado al barrio por el Presidente Manuel Ávila Camacho en 1941, el busto de la Plazoleta Morelos en sí es obra del escultor Fidias Elizondo, mientras que el pedestal *decó* que lo sustenta, es diseño del arquitecto Augusto Morales y Sánchez, ambos mexicanos, (Legación de México, 1941:6-8).

Por lo demás, en esa década, la presencia del *art-decó* en Barrio México continuó hasta llegar a otro de sus puntos de referencia: la Subestación de Bomberos, inaugurada por el entonces Banco Nacional de Seguros, en 1947, y que testimonia bien el declive del decorativismo propio de la tendencia, al acabarse la primera mitad del siglo XX. Mas es un hermoso pedestal de esas fechas precisamente (1949-1953), ubicado en las cercanías del sector capitalino llamado por lo dicho “la Coca Cola”, el que parece poner fin a esa manifestación constructiva y estética en el lugar: mojón definitivo... de lo que queda y de lo que perdido para siempre está, y esto por ignorancia de su valor cultural, puesto que histórico y arquitectónico a la vez, además de testimonio vivencial.

Huellas del tiempo, vestigios de una época liberal y una sensibilidad ecléctica y transnacional en el hemisferio occidental, las obras *art-decó* están presentes en las capitales y principales ciudades de toda América, donde brindan su aire cosmopolita de modo individual

o en conjunto, en su centro o en su periferia, pero siempre con ese “buen gusto” pequeño burgués que las distinguió generalmente. En Costa Rica, es el josefino barrio reseñado un buen ejemplo de eso, y de la sintonía de nuestra ciudad capital con las corrientes estéticas del momento, las cuales imprimieron su fisonomía en el perfil urbano del mundo entero: de Europa a América y de Asia a África, (Sebreli, 2000:330).

Por eso, como el resto del patrimonio histórico-arquitectónico de Barrio México en otras corrientes estéticas y constructivas, las manifestaciones *art-decó* en ese capitalino sector deberían ser protegidas, es cierto... y tanto que circula ya la idea de declarar al barrio el *distrito decó* de San José. Pero para eso, pienso como su investigador, primero tienen esas modestas obras que ser reconocidas por quienes las viven y las vivieron: sus vecinos nuevos o viejos, así como por las generaciones que vengán a vivirlas, además de quienes queramos ir a verlas y compartirlas con ellos: también son nuestras, de los josefinos todos, de los costarricenses como herencia. Solo luego de eso podremos hablar de protegerlas, de cómo y de por qué: aquí yo me limité a evocarlas.



EPÍLOGO

El uso del estudio del perfil urbano y de las distintas estéticas que lo componen, como herramienta sociológica, ha sido hasta ahora poco explotado en Costa Rica. La noción de “lenguaje arquitectónico” tal como la introduce al medio de la historia edilicia costarricense hace un tiempo apenas, para referirme a una manera articulada de escribir en la ciudad un determinado momento histórico -es decir, social, político y económico- y urbano -es decir, material, constructivo y espacial- a través de la arquitectura, (Fernández, 2003:11), casi no ha permeado las investigaciones emprendidas a partir de entonces.

El valor de dicho enfoque, como he tratado de poner de manifiesto una vez más con este trabajo de indagación en lo barrial -que es lo particular de un cierto sector de la ciudad-, reside, no obstante, en posibilitar un acercamiento a lo social como vivencia, desde la estética histórica, cuando lo usual ha sido lo contrario. Esto porque la noción de lenguaje arquitectónico, como ya apuntáramos también, es aquella en la que el especialista en distintas disciplinas puede leer más directamente los factores que identifican una realidad histórica y social

determinada, mientras es la más evidente y accesible para todo tipo de público, lo que permite una mejor y mayor divulgación de lo así investigado y concluido al respecto.

Eso es lo he pretendido con este nuevo ensayo, donde el origen, influencia y trascendencia en el ámbito urbano internacional de una corriente estética como el *art-decò*, fue matizada con su incorporación, adaptación y arraigo en lo local, y más específicamente en uno de los barrios históricos de la periferia del casco central de la ciudad de San José: el Barrio México, precisamente. Con ello, he querido afirmar que si el barrio es una forma de organización concreta del espacio y del tiempo en la ciudad, el estudio de las estéticas que informan su apariencia es, también, una manera de indagar en la cotidiana vida igualmente concreta, que albergó o alberga como lugar.

Desdeñado durante largo tiempo por considerársele una vertiente frívola del llamado Movimiento Moderno de la arquitectura, desde los años ochenta del pasado siglo, el *art-decò* ha regresado a la escena crítica e historiográfica del mundo occidental^h, aunque a la de Costa Rica apenas lo ha hecho con la llegada del siglo XXI, y de mano nuestra. Pues al estudiar durante años la arquitectura urbana de Costa Rica, llegué a la observación de que, entre las ruinas de nuestra ciudad, al menos, lo que predominaba como estética urbana era el *art-decò*, y de que en el sector donde esta plástica predominaba, a su vez, era el noroeste.

Así que la mera observación se convirtió en hipótesis de una investigación general y posterior, y con ella la afirmación inicial se verificó favorablemente. Eso me hizo pensar en que ese barrio josefino requería de un estudio específico del fenómeno en él contenido, y que clarificara las particularidades históricas y sociales, económicas y estéticas que le habían dado origen y, además, ubicación. Cabe esperar, entonces, que con el ensayo que hoy presento, quede saldada esa inquietud, y cumplida, así sea parcialmente, su original intención. ◆◆◆◆◆

NOTAS

¹ Ver el mapa de presencias art-decó en Barrio México, elaborado por el autor en octubre del año 2003.

² Así se identifican en las copias de los planos constructivos del edificio las cuales se conservan en el Archivo Nacional. Por lo demás, no es el único caso registrado, pues la Escuela Cleto González Víquez, de Heredia presenta detalles similares en su decoración interior.

³ En el edificio de la antigua Aduana de Puntarenas, el autor ubicó, en el año 2006, dos obras *art-decó* de carácter público, cuya autoría es de Juan Manuel Sánchez.

⁴ Sobre el personaje y la influencia de sus empresas: Guillermo Jiménez Sáenz. *Doña Adela. Biografía de doña Adela Gargollo v. de Jiménez*, Jiménez & Tanzi Ltda.: San José, 1980.

⁵ Parco en información: José Enrique Garnier y Heidi Venegas. *La arquitectura en la primera mitad del siglo XX*. En: Elizabeth Fonseca, José Enrique Garnier (editores): *Historia de la Arquitectura en Costa Rica*. Fundación Museos del Banco Central de Costa Rica: San José, 1998. Pág. 377.

⁶ Luis Fernando González. Luis Llach. En busca de las ciudades y la arquitectura en América. Editorial de la Universidad de Costa Rica: San José, 2004. pág. 274. Sobre el neocolonial hispanoamericano, véase: Fernández, Págs. 62-81.

⁷ Sobre el particular véase Enrique de Anda Alanís. X. *La arquitectura de la Revolución Mexicana*. Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Autónoma de México: México D.F., 1990. Págs. 140-142.

BIBLIOGRAFÍA

ALTEZOR, CARLOS

1986. *Arquitectura urbana en Costa Rica. Exploración histórica 1900-1950*. Cartago. Editorial Tecnológica de Costa Rica.

DIARIO DE COSTA RICA

1935 Martes 9 de julio.

ELIZONDO CALDERÓN, WILLIAM

1998. *Vivienda y pobreza en la ciudad de San José en la década de 1920*. En: *Anuario de Estudios Centroamericanos. Volumen 24 (1-2)*. San José. Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica.

FERNÁNDEZ, ANDRÉS

2003. **Un país, tres arquitecturas. Art Nouveau, Neocolonial Hispanoamericano y Art Decó en Costa Rica. 1900-1950**. Cartago. Editorial Tecnológica de Costa Rica.

GONZÁLEZ, LUIS FERNANDO

2004. **Luis Llach. En busca de las ciudades y la arquitectura en América**. San José. Editorial de la Universidad de Costa Rica.

GONZÁLEZ, LUISA

1975. **A ras de suelo**. San José. Editorial Costa Rica. La Prensa Libre. Sábado, 27 de abril de 1935.

LEGACIÓN DE MÉXICO EN COSTA RICA

1941 **Morelos.** San José. Imprenta Universal.

MOAS MADRIGAL, MANUEL

1986 **El costarricense y su mobiliario.** San José. EUNED.

RODRÍGUEZ VEGA, EUGENIO

1982 **Biografía de Costa Rica.** San José. Editorial Costa Rica.

ROJAS ESQUIVEL, FEMANDO

1993 **Historia del Barrio México.** San José. Municipalidad de San José.

SALAZAR NAVARRETE, JOSÉ MANUEL

1998 *Una historia de mi barrio Barrio México.* En: Oconitrillo Eduardo y Francisco Enríquez (compiladores). **Historias de mi barrio (el San José de ayer).** San José. Editorial Costa Rica.

SANOU, OFELIA

2004 **En el Proemio a Imaginario, un itinerario Josefina.** Virginia Vargas y Andrés Fernández. San José. Editorial Costa Rica.

SEBRELI, JUAN JOSÉ

2000 **Las aventuras de la vanguardia.** Buenos Aires. Editorial Sudamericana.

VARIOS AUTORES

1999 **San José: Gloria, Ocaso y Rescate.** San José. Memorias de la Academia Nacional de Ciencias, Volumen 3.



UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
VICERRECTORÍA DE ACCIÓN SOCIAL

VAS
Vicerrectoría de Acción Social